

La emergencia de los debates político-culturales en los ensayos de Ezequiel Martínez Estrada

Por Adriana LAMOSO*

LOS POSICIONAMIENTOS del escritor argentino Ezequiel Martínez Estrada en el campo cultural nacional, establecidos a partir de su vinculación con los restantes miembros de la intelectualidad del país, pueden vislumbrarse de un modo significativo en la escritura de sus ensayos y cobran relieve ante los momentos que significaron un punto de quiebre en el escenario político nacional. La sucesión de las figuras presidenciales y sus modos de intervención en la esfera social posibilitaron las condiciones para un amplio campo de debates, en el que intelectuales de diverso cuño ideológico interpusieron encendidos discursos y evaluaron reiteradas veces la función del aparato político y de la inteligencia ante la emergencia de los singulares fenómenos sociales.

En épocas históricas particulares, el ensayista constituyó el blanco de ataque de una vasta literatura doxológica, que reunió análisis provenientes de heterogéneos campos del saber. Aunque la virulencia discursiva se recrudeció a partir de 1955, etapa en la que los ensayos se tomaron marcadamente panfletarios, no obstante la emergencia de los debates se aprecia con distinguida incidencia en años previos. La enmarañada trama discursiva de los escritos remite a configuraciones de los sujetos y sus prácticas en vinculación con su inserción compleja y variable en el campo cultural argentino y, refractariamente, en la esfera pública.

En este trabajo, se operará una reconstrucción de la posición que Martínez Estrada delinea respecto de sí y de otros actores culturales, en el marco de escritos singulares que se interconectan. Si bien el núcleo de las polémicas se asienta en *¿Qué es esto? Catilinaria* (1956), tanto las premisas esenciales de su pensamiento, como la caracterización que construye de los intelectuales se reiteran en sus escritos de interpretación nacional. Nos detendremos en el ensayo *Cuadrante del pampero*, concebido en forma simultánea aunque publicado meses antes que la obra precedente, para hacer alusión a los nexos que establece el ensayista con dos figuras clave en el marco de la intelectualidad

* Profesora en la Universidad Nacional del Sur, Bahía Blanca, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina; e-mail: <adrilamoso@yahoo.com>.

argentina, como son Leopoldo Lugones y Eduardo Mallea, a partir de un discurso que pronunciara como presidente de la Sociedad Argentina de Escritores (SADE) en 1942, y que forma parte del ensayo en cuestión. e aludirá a *Análisis funcional de la cultura*, para dar cuenta, de modo global, del recorrido de las estrategias discursivas que habilitan las impugnaciones. Asimismo se pondrán de relieve las relaciones conflictivas y las filiaciones entre los intelectuales del país, signadas por la coyuntura política e ideológica que determina las fracturas y las alineaciones entre los representantes de la cultura nacional, desde la visión particular de Martínez Estrada.

Tradición e ideología

EL ensayista se caracteriza y se distingue de sus adversarios por la insistente y ferviente legitimación de sus propios presupuestos, mediante un discurso que apela, solapadamente, a la benevolencia de quienes no comparten su misma matriz ideológica. Inscribe deliberadamente a sus “camaradas” en la corriente liberal, en la que él mismo se inserta; de este modo reafirma y consolida a sus seguidores en la tradición que los identifica. Mediante la enumeración de los nombres más conspicuos que formaron parte de ella, remonta la historia nacional para resaltar las hazañas del pasado así como sus más grandes virtudes. Esta estrategia pone de relieve las pugnas que se suscitaron por obtener y ocupar la supremacía en el campo cultural nacional, al mismo tiempo que evidencia el incisivo debate ideológico que se produjo, a partir del cual se disputó tanto la verdad como la historia auténtica que lo/nos singulariza. Carlos Altamirano confirma que la validación del pasado, en tanto instrumento necesario y eficaz para la evaluación del presente, constituyó una práctica frecuente entre los intelectuales de la época: “la representación legítima del pasado —para hacer ver y hacer valer hechos, periodos y héroes, de la acción o del pensamiento— se volvió un objeto privilegiado de la lucha por la definición legítima del presente nacional”.¹

Una forma de combatir a sus opositores intelectuales consiste en reforzar sus propias interpretaciones mediante argumentos en constante expansión, en los que se destaca la recurrencia a nombres reiterados en la certificación de su pensamiento y en los que pervive el enjuiciamiento a la función de la intelectualidad, caracterizada por singularizar

¹ Carlos Altamirano, *Peronismo y cultura de izquierda*, Buenos Aires, Temas, 2001.

la identidad de quienes quedan al margen de tal refutación. Como advierte a través de numerosas páginas publicadas en ensayos diversos, los hombres que engrandecieron a la patria con sus valores prominentes, con el orden, el progreso, la libertad y la inteligencia, es decir, con la verdad, que también corresponde mancomunadamente a Martínez Estrada, son: “Mariano Moreno, Bernardino Rivadavia, Esteban Echeverría, Juan Bautista Alberdi, Juan María Gutiérrez, Bartolomé Mitre, Domingo Faustino Sarmiento y, al fin, Nicolás Avellaneda”.² Generación a la que señala su pertenencia en estos términos: “somos los herederos legítimos de una gran fortuna espiritual malversada por tutores de la línea bastarda, sometidos a la afrenta de pedir los remanentes de la herencia, somos nosotros sus hijos verdaderos”.³ Con estas palabras, reafirma su pertenencia a la tradición liberal y afianza la identificación de sus camaradas con tal tendencia, en especial, a partir de la insistente enumeración de sus virtudes.

Mediante procedimientos reconocibles, que se reiteran en sus escritos, Martínez Estrada condena constantemente a sus opositores. Como mencionamos, un recurso distintivo para tal fin consiste en ensalzar las grandezas de los que comparten, en el transcurso de la historia del país, sus valores, certificados por las valoraciones en las que él mismo los inscribe a lo largo de su producción global. Por contraposición, quienes conforman la amplia franja de sus detractores encarnarán los rasgos inversos. Paradójicamente, el ensayista atribuye a los cambios en los destinos de estas tierras causas ajenas a la voluntad del hombre. El concepto de “invariantes históricos”, ampliamente desarrollado por él en ensayos previos, reaparece bajo la configuración de fuerzas geográficas y étnicas que imprimen indefectiblemente un sello a la barbarie en los habitantes argentinos y en particular en los intelectuales. Curiosamente, al explicar los desaciertos de la *intelligentsia* nacional, hace recaer la acción de estas estructuras, fuertemente condicionantes, únicamente sobre quienes no comparten su matriz ideológica. La caracterización de los adversarios evita en todos los casos la nominalización y, tras la totalidad indistinta que los engloba, hace desaparecer en ellos los caracteres humanos para transformarlos en instintivos y amenazantes entes bárbaros que, como tales, acechan y flagelan a los verdaderos intérpretes de la realidad nacional. Martínez Estrada, exento de la influencia determinante de la naturaleza, desentraña esos

² Ezequiel Martínez Estrada, *Cuadrante del pampero*, Buenos Aires, Deucalión, 1956, p. 77

³ *Ibid.*, p. 78

mecanismos y los vuelve inteligibles. Expresa en estos términos tal polaridad:

Hay en los campos y en las selvas, a la noche, batracios silenciosos y bien disimulados en la profusión de aspectos de la naturaleza, que devoran luciérnagas como alimento preferido, y ello con casi inocente mecánica de monstruos dantescos, fijos y eternos testigos de los comienzos y asistentes de las agonías del mundo; y hay también flores mortíferas y aguas quietas envenenadas. Descubro con nitidez el plan de acción de esas deidades anónimas y veo hasta en los rostros inscripto el signo de los mártires.⁴

La dominación del plano político sobre el cultural y el visible quietismo complaciente de los intelectuales ante las imposiciones propias del despotismo del Estado, son considerados por el ensayista actitudes inadmisibles, que torna factible, en el marco de su argumentación, la delimitación de paralelismos entre ambos sectores, sin establecer distinciones que permitan inferir el marco preciso de referencialidad. La condena opera simultáneamente tanto sobre la figura política emblemática que condensa el centro de las controversias,⁵ como sobre la *intelligentsia* en su generalidad, al margen de la diversidad de perfiles ideológicos que la caracterizó en las distintas etapas de la política nacional, de la que sólo el ensayista, junto con la tradición que lo identifica, se aparta y diferencia. Este hecho torna ambivalente, en algunos casos, la interpretación de los destinatarios a los que va dirigida su condena.

Una peculiaridad es que en sus ensayos Martínez Estradano responde de manera explícita a los intelectuales que lo cuestionan en términos beligerantes. Persiste en sus tesis básicas, ya impugnadas por numerosos y diversos miembros del campo cultural argentino, en parte motivada por su recalcitrante condena a la *intelligentsia* nacional. Retoma las premisas fundamentales de su pensamiento, que pueden visualizarse como un hilo conductor que enhebra las obras diseñadas a partir de 1933.⁶ La referencia al cuerpo de textos que forman parte de

⁴ *Ibid.*, p. 77

⁵ El fragmento pertenece a un discurso pronunciado en 1942 en la Sociedad Argentina de Escritores, momento en el que se desarrollaba la llamada "Década Infame" y este año corresponde a la presidencia de Ramón Castillo.

⁶ A modo de ejemplo, para ilustrar y demostrar que efectivamente las tesis fundamentales del ensayista se reiteran a lo largo de su producción global (en lo que respecta a los ensayos de interpretación nacional), transcribo la siguiente cita que retoma en 1956 sus ideas iniciales: "Cuando una ciudad se convierte en boca que succiona la sangre de toda la nación, no sólo hay que pensaren desmantelarla sino en hacerla volar con dinamita [...] Desmantelar quiere significar asimismo que hay que recomponer al gigante decapita-

la literatura de oposición emerge subrepticamente en sus ensayos, para quedar relegada a un marco de generalidad tal que tiende a diluirse. Los nombres de sus oponentes nunca forman parte de su discurso, pero sí se evidencian los efectos de los enjuiciamientos opositivos en el pensamiento y en la escritura del autor. En *Cuadrante del pampero* reafirma las verdades pronunciadas en su ensayo primario, al que ubica en una conexión genealógica con dos obras significativas (y para él fundantes) de la literatura nacional: el *Facundo* y el *Martín Fierro*. *Radiografía de la Pampa*, como las dos obras mencionadas, se distingue por la autenticidad y fidelidad a las raíces de nuestra identidad. De este modo, Martínez Estrada certifica el valor de su análisis de la realidad local, constatada por los acontecimientos que se suscitaron en la política del país, durante las décadas en las que desarrolló su escritura. La réplica a sus adversarios se pone de relieve cuando afirma que quienes han leído sus obras no han sabido comprender el sentido adecuado y acertado que ha pronunciado a través de ellas, cuestión que considera una carencia estructural y coyuntural de nuestra *intelligentsia*, tan sustancial como irremediable.

El conocimiento por parte del ensayista de las críticas a las que se vio sometido su discurso interpretativo se torna legible en fragmentos temporal y espacialmente dispersos. Así como lo hace en periodos anteriores, luego de la Revolución Libertadora de 1955 da cuenta, de manera subliminal, de la existencia de un ambiente adverso para su desempeño profesional, en tanto intelectual que comprende y conoce las verdades ocultas que debe revelar.⁷ Las lecturas y el conocimiento de los efervescentes cuestionamientos a su obra se perfilan en la enunciación de las acusaciones que recibió y que recuerda con claridad: “ya estoy cansado de hacer el papel de chivo emisario, como un antipatriota, un testigo desagradable de la borrachera general porque no bebe, un

do, poniéndole la cabeza en su sitio, para que girándola abarque todo el horizonte, el pasado y el futuro, el norte y el sur [...] La verdad, no obstante, sí, es que se trata de un miembro enfermo por hipertrofia, que esa hipertrofia es un tumor burocrático y que éste se cura, si no se espera a la necesidad del bisturí, con las brisas del Atlántico”, Martínez Estrada, *Cuadrante del pampero* [n. 2], pp. 99-100.

⁷ Martínez Estrada configura su propia imagen como portadora del saber de una revelación divina, en pasajes como el siguiente: “Mas si mis ojos hace diez años vieron con claridad, y si son los mismos que me fueron otorgados para observar y amar, y si tuviesen aún luz propia para ver en la sombra, os pediría que me ayudaseis a mirar, en la misma dirección, hacia donde, muy lejos, detrás de los montes y las montañas, detrás de los océanos y los páramos, distingo, sí, que luce una gran luz firme en su fulgor [una luz que es] la angélica promesa de la redención por el espíritu, la afirmación de que el mal está en el tiempo y el bien en la eternidad”, *ibid.*, pp. 80-81.

puritano incomprensivo y calvinista como también se me ha llamado”.⁸ Junto con ello, reprueba a la intelectualidad argentina que intenta negar a “los próceres de nuestra historia”, con lo que hace referencia a los partidarios del revisionismo historiográfico, y a continuación alude a uno de sus representantes, quizá, por extensión, hable genéricamente, en tanto “ignorante e impostor que me ha reprochado su propia miseria, que sería yo incapaz de proponer soluciones a los problemas que planteo”.⁹ Las emergencias de estas disputas traslucen la imagen de un escritor que se inserta en el centro de las polémicas desatadas en periodos cruciales de la vida cultural y política del país, de la que no permanece ajeno. A pesar de su aparente indiferencia, conoce e internaliza, aunque nunca acepta, las acusaciones de las que fue objeto su pensamiento y su figura.

Un instrumento persuasivo significativo consiste en sostener en sus escritos, de modo acérrimo, un rígido análisis que no tolera la retractación. En *Análisis funcional de la cultura* retoma su perspectiva con respecto al marxismo. A modo de respuesta sutil, en una inusitada exposición que da cuenta de su dominio del terreno teórico marxista, se aboca a la tarea de trascender el desarrollo de esta teoría mediante la dilucidación de sus limitaciones y a través de la referencia a las falencias en la interpretación por parte de sus seguidores.

Según Martínez Estrada, el punto neurálgico para la promoción de las clases trabajadoras no se asienta en la libertad económica como ítem primordial y único, sino esencialmente en la conjunción de este condicionante con la libertad intelectual y ética. La injusticia social proviene tanto de las diferencias de clase económicas, como de los grados de cultura y de conciencia del bien y del mal. Como él mismo lo expresa: “Somos injustos porque somos ignorantes y malvados, y ésta no es cuestión económica, como Marx lo sabía perfectamente bien y sus prosélitos lo olvidan”.¹⁰ En palabras como éstas destellan curiosas resonancias de las impugnaciones a las que fue sometido su discurso, en el marco de la trama belicosa de numerosos representantes de la cultura nacional.

⁸ *Ibid.*, p. 111.

⁹ *Ibid.*, p. 113.

¹⁰ Ezequiel Martínez Estrada. *Análisis funcional de la cultura*, Buenos Aires, CEAL, 1992, p. 82.

Intelectuales y política nacional

Si atendemos al aspecto político, notamos cómo el descontento del escritor con el ejercicio del poder en manos de Perón acabó por generar el mismo sentimiento con respecto al gobierno que asumió a partir de 1955. Aunque cambiaban los nombres, Martínez Estrada percibía una continuidad en la línea de acción, que se venía desarrollando sucesivamente durante algunas décadas y que él mismo experimentaba. Junto con la impugnación de los regímenes totalitarios, el ensayista condena a la *intelligentsia* que apoya y es funcional con esa posición político-ideológica. Estos agentes son los responsables de la ignorancia, del sometimiento y de la precipitación del país en el mal irreparable. Su imprecación a los representantes de la cultura y de la política nacional se realiza en estos términos:

¿Ésa es la intelectualidad argentina, la de los sanos patriotas, que esperaba la caída del bandido para salvar al pueblo y castigar a los criminales de lesa patria? Veo que cada vez que a mi pueblo se lo ha sacado de un establo ha sido para meterlo en una pocilga. Es nuestra vieja costumbre de ganaderos la de tratarlo como rebaño [...] Conozco bien a mi tierra y a mi pueblo como para no descubrir a los verdaderos culpables de sus infortunios, disfrazados de redentores. ¿Soy yo hombre de transigir con los enemigos de mi país, sean verdugos o entregadores, estupradores o rufianes, sean sujetos de librea, de uniforme, de toga o de hábito? Yo tiro la piedra y la tiro a pegar y tengo las manos llenas de ellas porque las tengo limpias.¹¹

Se reiteran en los ensayos de interpretación nacional procedimientos semejantes para impugnar al otro (sea en el ámbito político, ideológico o cultural), y para consolidar una imagen ajena a tales desfases, a la vez que el ensayista se define como sabio y certero intérprete de las verdades ocultas que sólo él puede vislumbrar (certificadas por su marcada y evidente erudición que surca la escritura). Su deber moral se asienta en transmitir sus dilucidaciones a las generaciones venideras, y en abrir las mentes dormidas a la realidad circundante.

Las estrategias de escritura que despliega Martínez Estrada, en torno a la configuración de su función de intelectual, operan como un parámetro que le resulta eficaz para construir y legitimar, además, el valor de los entornos culturales en los que él mismo se inserta, cuando debe ocupar en ellos un lugar preeminente. Del mismo modo que en sus escritos, en sus discursos pronunciados y publicados como frag-

¹¹ Martínez Estrada, *Cuadrante del pampero* [n. 2], pp. 113-134.

mentos que imprimen discontinuidad a la trama ensayística, certifica apenas algunos nombres que marcan un hito significativo en el trayecto cultural, del que el propio Martínez Estrada formaba parte. Como director de la SADE, enaltece la figura de quien dio origen a la institución, con quien comparte el programa fundacional, centrado no sólo en lograr la profesionalización del escritor argentino sino, según la propia visión del ensayista, en preservar la trayectoria de los antepasados (entre quienes únicamente incluye a los representantes de la corriente liberal). En ellos residen valores morales que fueron levantados como bandera por parte de distintos grupos ideológicos, y a partir de éstos se centraron las disputas en el escenario de la intelectualidad nacional. Leopoldo Lugones presidió la SADE en el momento inaugural de la asociación, caracterizado por ser una etapa de “tranquilidad” interna, en la que primó el interés por consolidar su carácter gremial. Por ello, a pesar de que entre sus integrantes convivían escritores de extracciones ideológicas disidentes, la armonía general se destacó en sus primeros años de existencia, coincidentes con el periodo en el que Lugones fue su director.¹²

Reconocida es la inserción de este escritor en la línea nacionalista y antiliberal, claramente opuesta a la posición política e ideológica que desde épocas tempranas Martínez Estrada declara como legítima y resalta como la única tradición viable para la reconstrucción del pasado nacional. ¿Qué es, entonces, lo que lleva al ensayista a destacar la imagen del fundador de la SADE, a quien dedica, por otro lado, diversos escritos que retratan sus grandezas, que esboza por partes a lo largo de su trayectoria literaria, y que fueron editados como un ensayo años después del fallecimiento de su autor?¹³ No tanto el hecho de que Lugones fomentó la cohesión entre los integrantes iniciales de la SADE, ni su explícita voluntad de no permitir las “interferencias” de los acontecimientos políticos de la época, al sostener el objetivo primario de consolidar a la institución que presidía como una entidad gremial, sino especialmente la inquietud de explicitar, por gratitud, un sentido reconocimiento de las virtudes que el ensayista conocía de él, a raíz de una amistad duradera, y, esencialmente, la relación patrimonial y también fundante que significó para Martínez Estrada la producción poética de

¹² Cf. Jorge Nállim, “De los intereses gremiales a la lucha política: la Sociedad Argentina de Escritores (SADE), 1928-1946”, *Prismas Revista de Historia Intelectual* (Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes), año 7, núm. 7 (2003), p. 120.

¹³ Me refiero al ensayo de Ezequiel Martínez Estrada, *Leopoldo Lugones, retrato sin retocar*, Buenos Aires, Emecé, 1968

este representante distinguido y significativo en el proceso de consolidación de una cultura y de una literatura pretendidamente nacional

Martínez Estrada remarca el estilo, los procedimientos utilizados, así como la erudición que Lugones pone de manifiesto en su poesía, aspectos con los que su escritura guarda semejanzas estructurales, a pesar de su ideología divergente. En *Leopoldo Lugones, retrato sin retocar*, el ensayista destaca la labor del poeta, no del prosista, en estos términos:

Muchas veces se me ocurrió que era imposible que Leopoldo Lugones, el autor de *La guerra gaucha* y de *Los crepúsculos del jardín*, fuera el mismo a quien llegué a tratar con relativa familiaridad. Esto ocurrió hasta que intímé con él habituándome a sus costumbres humanas y terrestres, sin lograr superar por entero mi antiguo temor en que había por partes respeto religioso, admiración literaria y desafección por sus ideas. Considerado todo, las objeciones formaban parte del enigma de su persona [...] Ningún autor ha provocado en mí, por la lectura de sus obras, un efecto de tal modo fascinador. Creo que este fenómeno ha sido común en todos sus lectores y que muchísimos confundieron el mayorazgo espiritual con el liderazgo político. Me parece ahora comprender que si, efectivamente, Lugones poseyó algunos de los numerosos dones sobrenaturales del genio, fue antes que ningún otro el de la fascinación, y que ésta basándose en dos características fundamentales de su personalidad: la fuerza conminatoria de su palabra, oral y escrita, y la riqueza selvática y feérica de su léxico. De donde la palabra readquiría en él las primitivas facultades del logos creador (promotor, porque provocaba la polémica). En él la palabra era tan poderosa que casi alcanzaba a ser persuasiva automáticamente. Y es que nunca podría confundirse con los que mantenían sus mismas ideas si empleaban otras palabras.¹⁴

Lugones aparece como uno de los nombres que marca un punto de inflexión con respecto a la construcción de la imagen del oponente ideológico en la escritura de Martínez Estrada. Aunque explícita su desafección por las ideas y, además, su desapego de la narrativa del escritor, a la vez que destaca sólo el uso particular del lenguaje, así como la fuerza persuasiva que sabe imprimirle a su poesía, resalta su imagen de modo magnificente, como lo hiciera en el marco de su producción total con Sarmiento, con quien, sin embargo, comparte, en su esencia, la matriz de pensamiento. La figura de Lugones se aparta de estas filiaciones, ya que trasciende el marco textual y discursivo para insertarse en su contemporaneidad. Martínez Estrada recorrió

¹⁴ *Ibid.*, pp. 18, 21-22

auspiciosos caminos con su producción poética, la que lo condujo a obtener, a muy temprana edad, el primer Premio Nacional de Literatura; y el apoyo sostenido, en estos inicios, del consagrado Lugones significó el gesto que tomó legítimo su ingreso al parnaso local y, consecuentemente, certificó su profesionalización en tanto intelectual nacional.¹⁵ Mediado por estas circunstancias epocales, el autor de *La guerra gaucha* se personaliza y distingue entre la franja de sus opositores políticos, a pesar de que, en sus discursos, el ensayista impugna a los intelectuales ideológicamente disidentes de modo insistente, a partir de la enunciación de una generalidad indistinta que los reúne, sin atender a particularidades, ni singularizar a sus representantes.

Otro modo de hacer visibles las fracturas en el campo cultural nacional puede apreciarse cuando destaca, en *Cuadrante del pampero*, a su antecesor en la dirección de la SADE, Eduardo Mallea. Así como Martínez Estrada no se caracteriza por demarcar la identidad de sus oponentes, tampoco es recurrente en su producción la mención de los nombres de los contemporáneos, con quienes comparte la posición ideológica y las vinculaciones con el clima político de la época. Sin embargo, al asumir en 1942 la presidencia de la SADE, Martínez Estrada distingue al escritor que fijó en la institución su postura contra los sectores nacionalistas y de derecha, a la par que afianzó su defensa de la tradición liberal y ratificó su compromiso con el bando aliado en el conflicto internacional, en oposición al totalitarismo europeo y, por refracción, al gobierno de Castillo. De este modo, la SADE tomó decisiones concretas que mostraron un proceso creciente de politización, en el que el ensayista se involucró activamente, al continuar y acentuar el camino delineado por Mallea, hasta ubicarse con claridad y efectividad en el campo antiperonista que reunió a este sector particular de la cultura nacional.¹⁶

¹⁵ Cf. Adolfo Prieto, "Martínez Estrada: el narrador y el lenguaje del mito", en Ana María Barrenechea, Noé Jitrik, Jaime Rest et al., *La crítica literaria contemporánea antología*. Buenos Aires, CEAL, 1981, vol. 1, p. 45.

¹⁶ Jorge Náállim ilustra el ambiente conflictivo de la época y documenta las intervenciones de los intelectuales pertenecientes a la SADE en la vida política nacional. En su periodización, señala la posición de la entidad durante la presidencia de Martínez Estrada, a partir de la asunción del gobierno de Perón: "la SADE redobló su activismo político en 1945, cuando se unió activamente a las filas antiperonistas. Este activismo se explica por la presencia en la Comisión Directiva de 1944-1946 de escritores vinculados a *Sur* y a la izquierda, inequívocamente antiperonistas, y por la participación de miembros activos de la SADE en el semanario *Antinazi*, continuación de *Argentina Libre*, fundado en febrero de 1945 y que se transformó en el núcleo de expresión de los sectores políticos e intelectuales antiperonistas y en el motor de la Unión Democrática", Náállim. "De los intereses gremiales a la lucha política" [n. 12], p. 134.

Transitar perspectivas que ponen de relieve la disidencia permite vislumbrar el espectro ideológico que determina la fractura en las interpretaciones y figuraciones. Posibilita reconstruir el horizonte de lectura de los intelectuales, y traslucir una línea de disputas no menor que ciñó un periodo crucial de la historia de la cultura en Argentina.

Hacer visibles las confrontaciones polémicas que se suscitaron entre los actores culturales, evidencia el ambiente álgido que caracterizó a una importante etapa de la vida intelectual del país, generado como consecuencia de la significativa incidencia, en los diversos ámbitos de la sociedad local, de la coyuntura política propulsada a partir de la irrupción de regímenes considerados totalitarios. Las crueles disputas imbricadas con contextos ideológicos disímiles complejizaron el escenario nacional, y provocaron importantes repercusiones que obligaron a la recolocación de vastas franjas del campo cultural en nuestro país. El análisis del discurso de barricada de sus representantes constituye el punto de partida de un camino que es necesario desandar para comprender la compleja diagramación del espacio cultural crítico, en este relevante periodo de la historia nacional.

BIBLIOGRAFÍA

- Altamirano, Carlos, "Ideologías políticas y debate cívico", en Juan Carlos Torre, dir., *Nueva Historia Argentina. Los años peronistas (1943-1955)*, Buenos Aires, Sudamericana, 2002, tomo VIII, cap. IV.
- Angenot, Marc, *La parole pamphlétaire: contribution à la typologie des discours modernes*, Paris, Payot, 1982.
- Nállim, Jorge, "De los intereses gremiales a la lucha política: la Sociedad Argentina de Escritores (SADE), 1928-1946", *Prismas. Revista de Historia Intelectual* (Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes), año 7, núm. 7 (2003).
- Prieto, Adolfo, "Martínez Estrada: el narrador y el lenguaje del mito", en Ana María Barrenechea, Noé Jitrik, Jaime Rest et al., *La crítica literaria contemporánea: antología*, Buenos Aires, CEAL, 1981, vol. 1.
- Sigal, Silvia, "Intelectuales y peronismo", en Juan Carlos Torre, dir., *Nueva historia argentina: los años peronistas (1943-1955)*, Buenos Aires, Sudamericana, 2002, tomo VIII, cap. X.
- _____, *Intelectuales y poder en Argentina: la década del sesenta*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2002.
- Svampa, Maristella, *El dilema argentino: civilización o barbarie. De Sarmiento al revisionismo peronista*, Buenos Aires, El cielo por asalto, 1994.
- Terán, Oscar, "La tradición liberal", *Punto de Vista* (Buenos Aires), año XVII, núm. 50 (1994).